

Elige amar

CARTA 1996

Traducida en 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de África), esta carta ha sido escrita por el hermano Roger para el 18º encuentro europeo de jóvenes, que este año tiene lugar en Polonia (Wroclaw). Esta carta será meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JÓVENES que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1996 y que reunirán a jóvenes de toda Europa, del Este y del Oeste, así como de otros continentes. La preparación de la carta se inició durante el período que el hermano Roger, con algunos hermanos, vivió en SUDÁFRICA, en mayo de 1995.

Como el almendro florece con las primeras luces de la primavera, un soplo de confianza hace que florezcan de nuevo los desiertos del corazón.¹

Alentado por ese soplo,² ¿quién no deseará aliviar el dolor y las pruebas humanas?

Incluso cuando nuestros pasos tropiezan en un sendero pedregoso, ¿quién no desearía realizar en su vida las palabras del Evangelio: “lo que hacéis al más pequeño, al más necesitado, es a mí mismo, Cristo, a quién se lo hacéis?”³

Un siglo después de Cristo, un creyente escribía: “Revístete de alegría... Purifica tu corazón de la dañina tristeza y vivirás para Dios.”⁴

El que vive para Dios elige amar. Asumir tal elección supone una vigilancia constante.

Una bondad sin límites puede irradiar en el corazón decidido a amar, y quisiera aliviar los sufrimientos que atormentan a quienes están cerca y lejos.

El que vive para Dios discierne una realidad inaudita: todos nosotros somos seres habitados por una presencia, la presencia con la que Cristo viene a inundar nuestra vida. Antes de su resurrección, él nos lo aseguró: “Os enviaré el Espíritu Santo, él permanecerá siempre en vosotros”⁵ ... No son unos instantes fugitivos, sino para siempre.

Lo que Cristo Jesús fue para los suyos en la tierra, hoy continúa siéndolo igualmente para nosotros.⁶ Cristo llega a ser nuestra vida.⁷ Y podemos abrirle nuestro corazón tal como es.

Entonces se desvela uno de los secretos del Evangelio: el presente y el futuro de nuestra existencia se juegan por entero en la confianza puesta en Cristo y en el Espíritu Santo.

Si ocurre que una bruma interior nos hace ir a la deriva lejos de la humilde confianza de la fe⁸, Cristo no nos abandona por ello. Nadie está excluido de su amor... ni de su perdón, ni de su presencia.

Y si en nosotros surgen desánimos e incluso dudas⁹, él no nos ama menos. Está ahí. Alumbra nuestros pasos... Y resuena incansablemente su llamada: “¡Ven y sígueme!”¹⁰

Seguirle con un corazón decidido, no es encender unos fuegos artificiales que dan un vivo fulgor y luego se apagan.

La confianza de la fe supone transparencia. ¿Podríamos sumir a alguien en la confusión por una exaltación de nuestra propia fe? Si la fe llegara a ser una pretensión espiritual, no conduciría a ninguna parte, llegaría a apagar la espera mística de nuestra alma.

Los tormentos suscitados por recuerdos recientes o lejanos pueden retener el soplo de una confianza. El evangelio nos sugiere no mirar hacia atrás¹¹, no quedarnos en nuestros fracasos, en lo que ha herido las profundidades de nuestra existencia.

La palabrería con uno mismo puede ser un estorbo para nuestra persona y alejarla de la paz del corazón. Marcado por impresiones contradictorias, puede ocurrir que, para salvaguardar una alegría del corazón, se tenga la audacia de decirse una y otra vez: “¡No dejes que mis tinieblas me hablen!”

Atreverse a orar, atreverse a cantar a Cristo hasta la alegría serena...¹² no una alegría cualquiera, sino la que viene directamente de las fuentes del evangelio.

¡A menudo no sabemos cómo rezar!¹³ Pero “el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad”¹⁴. Suscita y sostiene la oración más de lo que suponemos. Reanima una unidad interior cuando estamos dispersos o desgarrados interiormente. Y comprendemos que no hay unidad interior sin la paz del corazón.

En su vida en la tierra, Jesús rezaba y su rostro se transfiguraba de luz.¹⁵ Suplicando, también rezó con lágrimas.¹⁶

En todos nosotros Dios realiza milagros, una curación del alma. Así, de nosotros depende salir de una “dañina tristeza” arrojando en el crisol de la oración la inquietud, la angustia, el miedo.¹⁷ Y la alegría del Evangelio, el espíritu de la alabanza, supondrán siempre por nuestra parte una decisión interior renovada en todo momento.

En presencia de la infinita compasión de Dios, lo íntimo de la persona está como cautivado y puede presentir una cercanía de la santidad de Cristo¹⁸.

¡Vivid reconciliados!

Descubrir una comunión de amor con Cristo nos induce a no mantenernos en el aislamiento.¹⁹

En esta comunión que es el cuerpo de Cristo, su Iglesia, Dios nunca nos someterá a condiciones inalcanzables. ¿Dónde estaría entonces su amor? Desde el momento en que existe el simple deseo de Dios, de Cristo, del Evangelio, aunque lo comprendamos poco, la fe ya ha comenzado su caminar en nosotros.²⁰

Cuando la Iglesia acoge con gran sencillez²¹, cuando está atenta a amar y a comprender el misterio de todo ser humano, llega a ser lo que ella es en lo más transparente de sí misma, luz de un amor.²²

Hoy, más de lo que imaginamos, en las nuevas generaciones son muy numerosos los que aspiran a una comunión en Dios²³ y viven de una clara confianza en Cristo. Pero una pregunta permanece: “¿por qué, en extensas regiones del mundo, multitud de jóvenes son indiferentes a la confianza de la fe y están ausentes de la oración en las iglesias?”²⁴

Entonces surgen en nosotros estas apremiantes cuestiones: ¿es posible dejar pasar un solo día sin buscar con toda nuestra alma el por qué de este alejamiento? Y, ante esta situación, atentos a la sencillez, ¿qué podemos vivir concretamente y desde ahora mismo, apoyándonos en esta comunión de amor que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia?

Hay una vocación a vivir reconciliados. ¿Somos conscientes de ello? Esta vocación llega a ser de una urgencia candente. En ella, se nos da realizar el Evangelio en su frescor primero.²⁵ Por una parte, vivir reconciliados permite a la comunión entre cristianos retomar siempre su sentido. Por otra, los cristianos pueden tomar más conciencia de que, en sociedades secularizadas, toda reconciliación resulta tan indispensable como el pan cotidiano.

El que consiente a tal vocación, irradia el Evangelio en la paz del corazón, y no sólo entre los creyentes, sino también entre los no creyentes.²⁶

En presencia del vacío que representa el alejamiento de innumerables cristianos, el Espíritu Santo hace que resplandezca una llama. Es asombro de un amor. Amor que nos libera de nuestros miedos. Sólo él nos lleva lejos, hasta una reconciliación.

Este fuego puede ser muy pequeño, pero la fe ilumina hasta nuestras oscuridades. E irrumpe el fuego del Espíritu Santo. Fuego que es misericordia.

Un misterio en la Iglesia no tiene otro camino que no sea buscar cómo abrir puertas de misericordia.

El futuro de la familia humana conocerá una apacible confianza mientras haya sobre la tierra hombres, mujeres, niños que amen, recen, y se atrevan a asumir riesgos dando su vida a causa de Cristo y del Evangelio.²⁷

Marcados por fracasos y decepciones, algunos no creen posible la transformación de la sociedad. Se preocupan, ante todo, por su futuro inmediato. Y se plantea una seria cuestión: ¿cómo ir hacia delante cuando el propio futuro está bloqueado?²⁸

Es fácil comprender que elegir amar es también estar atento a una de las pruebas de nuestro tiempo, el desempleo. ¿Cómo buscar la creación de condiciones de existencia viables para los excluidos, para los más desposeídos?²⁹

Si nuestros pasos se vuelven torpes y pesados, ¿discerniremos aún la flor del desierto? Ella se abre con la aurora, en las horas de los continuos recomienzos, cuando un soplo de confianza nos permite avanzar e ir lejos en el camino de una inagotable bondad.³⁰

Uno de los sentidos últimos de nuestra existencia es amar la vida sobre la tierra y, al mismo tiempo, esperar un más allá, una vida que nunca terminará.³¹

En nuestras sociedades a veces tan complejas³², el Evangelio deja transparentar la luz y nos dice: “Donde está tu tesoro, estará también tu corazón”³³.

¿Dónde está ese tesoro? Está en revestirse de la alegría y de la paz del corazón; y en torno a uno mismo la vida se vuelve bella.

Jesús, nuestra paz, si llegamos a perder la confianza, tú, el Resucitado, haces que resplandezca en nosotros una llama. Puede que sea muy pequeña, pero la fe ilumina ya nuestra propia noche, e irrumpe el fuego de Dios, el Espíritu Santo.

Jesús, nuestra paz, en tu Evangelio nos lo aseguras: “Os enviaré el Espíritu Santo, él permanecerá siempre en vosotros.” Haznos también capaces de arrojar en el crisol de la oración todo lo que nos retiene lejos de tu espíritu.

1 En mayo de 1995, un encuentro de jóvenes en Sudáfrica permitió comprender mejor la bella esperanza que surge en este país. Aunque totalmente desposeídos, hombres, mujeres y jóvenes de Sudáfrica pueden hacer mucho más de lo que ellos mismos piensan, para que haya más justicia y un mayor compartir.

2 En los años 70, en Occidente, se produjo un quebrantamiento de los valores espirituales, creándose un vacío. Un vacío puede llenarse con muchas cosas, incluso con las ideas más extrañas. Durante esos años, las sacudidas en la sociedad fueron a veces tan fuertes que hirieron la conciencia de algunos cristianos. Se emitieron tantos juicios definitivos, hubo tantas expresiones severas... Bajo esta presión, algunos llegaron a dejar de creer en el valor de lo que habían vivido hasta entonces. En aquella época, en Taizé nos decíamos: los cristianos no pueden ser “maestros de la inquietud” sino, más bien, “servidores de la confianza”. Así nació la idea de poner en marcha una “peregrinación de confianza a través de la tierra”.

3 Ver Mateo 25, 40

4 Hermas, siglo II

5 Juan 14, 16 y 16,7

6 Hebreos 13, 8 y Mateo 28, 20

7 Gálatas 2, 20 y Colosenses 3, 3-4

8 Tanto para la persona más carente de conocimientos, como para la más erudita, la fe sigue siendo una muy humilde confianza en Cristo, en el Espíritu Santo. Es en primer lugar en el corazón, esto es, en las profundidades de uno mismo, donde se recibe la llamada del Evangelio.

9 La duda puede surgir en toda vida. Pero la duda no tiene nada de temible. Incluso cuando Jesús estaba en la tierra, había, junto a él, quienes dudaban. Un creyente le dijo: “Creo...” esto es “Confío en ti”, pero inmediatamente añadió: “Ven en ayuda de mi incredulidad.” (Marcos 9, 24)

10 Marcos 10, 21

11 Lucas 9, 62

12 Efesios 5, 19-20

13 A veces, para rezar una o varias palabras pueden ser suficientes. Entre los cristianos de Oriente, hay quienes se apegan a la oración del Nombre de Jesús, repetir una y otra vez simplemente el nombre de Jesús, colma una comunión. Hay oraciones breves que, cantadas hasta el infinito, tienen la capacidad de disipar las nubes que ensombrecen: “Cristo Jesús, no dejes que me hablen mis tinieblas, haz que acoja tu amor.” (Oración escrita por San Agustín hacia el año 400) Hay quienes repiten con frecuencia esta antigua oración: “Nada te turbe, sólo Dios basta.” O bien, rezan diciendo: “¡En ti, Cristo, la paz del corazón!” Algunos rezan arrodillados, otros con las manos juntas o con las manos levantadas, o incluso, como los discípulos de Jesús al final del Evangelio de Lucas, con la frente en el suelo. (Ver Lucas 24, 52)

14 Romanos 8, 26

15 Lucas 9, 29

16 Hebreos 5, 7. Al final de su vida, Jesús deja que brote de sus labios una oración de confianza que nosotros también podemos decir: “En tus manos pongo mi espíritu” (Lucas 23, 46), esto es: “En tus manos pongo toda mi vida.”

17 Filipenses 4, 6-7 y I Pedro 5, 7

18 Son muchos en la tierra los que, sin saberlo y quizás sin atreverse a creerlo, reflejan la santidad de Cristo.

19 Cuando los jóvenes pueden unirse a la celebración de una comunidad local, de una parroquia, renuevan una esperanza en las generaciones de los mayores. Muchos esperan que las comunidades parroquiales sean lugares de oración donde el misterio de Dios resulte inmediatamente perceptible, nunca ahogado por un exceso de palabras. ¿Podrían los jóvenes preparar los viernes por la noche, al menos dos veces cada mes, una oración en una iglesia, muy sencilla, pero con la belleza de los cantos? Mantener un espacio de silencio abre a una comunión con Cristo y con el Espíritu Santo (un momento de silencio basta, varios resultan pesados). En sociedades secularizadas, también es bueno que nuestras casas dejen entrever la invisible presencia a través de algunos símbolos de Cristo. En una casa, se puede preparar un rincón, por muy pequeño que sea, para la oración, con un icono, una vela...

20 Un joven de 17 años escribió un día en Taizé: “Nunca tuve la ocasión de plantearme preguntas sobre la fe antes de los 13 ó 14 años. Hoy, me hago preguntas. He leído la Biblia, pero me ha parecido difícil de comprender. Asistí dos o tres veces a una eucaristía y nunca me he emocionado tanto en mi vida. Me pareció que fui tocado por la gracia de Dios. A partir de ese momento, comencé a creer y, un día, sentí la necesidad de encontrar a alguien que me hiciera comprender la fe.

21 La sencillez, tanto en la vida de la Iglesia como en la vida personal, nunca es rigorismo glacial o morosidad. El espíritu de sencillez se transparenta en una alegría serena, un gozo del corazón. Simplificar invita a disponer lo poco que se tiene con armonía.

22 Si quienes están llamados a hablar del Evangelio o a expresar una oración ante los demás pudieran decirse a ellos mismos: “¡Qué tu oración y tu palabra no contenga nunca una amenaza en nombre de Dios!” Dios es amor. El no se impone a los seres humanos a través del miedo. Incluso cuando Cristo era maltratado, no amenazaba a nadie. (Ver I Pedro 2, 23)

23 Entre los jóvenes, algunos prestan cada vez más atención a la oración y a las fuentes de la fe. Muchos aspiran a una unidad interior y a la paz del corazón. Tienen sed de una oración común en la que no esté ausente una espera contemplativa.

24 Para algunos jóvenes, ir a la parroquia resulta una opción delicada. Entonces es esencial que se les confíe bellas responsabilidades para comunicar a Cristo, y que los mayores permanezcan muy atentos a esta colaboración.

25 Este frescor del Evangelio no sintoniza con las polémicas que dejan un gusto de amargura y de suficiencia.

26 Sintiendo un vacío interior, algunos se preguntan: “¿Dónde está Dios?” (Salmo 42, 4) Sin embargo, Cristo, el Resucitado, ¿no está acaso cerca de todos, incluso de quienes lo ignoran? (Ver I Pedro 3, 18-20) ¿No es visitado todo ser humano por el Espíritu de Dios? (Ver Joel 3, 1)

27 Numerosos son los que quisieran prepararse para asumir responsabilidades con objeto de participar en la construcción de una Europa pacificada, reconciliada, donde la tolerancia sea una realidad clara. Quienes ponen todo en marcha para suscitar reconciliaciones abren perspectivas incalculables para el futuro de la familia europea. Los jóvenes de otros continentes que también vienen a Taizé, se plantean la misma cuestión en lo que concierne a la región en la que viven.

28 No todos ellos son forzosamente indiferentes al futuro de la familia humana. Muchos están afectados por sufrimientos cercanos o lejanos. Pero, bajo su punto de vista, buscar cómo mejorar la sociedad sería exponerse de antemano a una decepción. Según ellos, más valdría abstenerse y permanecer al margen.

29 En este período de la historia, son tantos los jóvenes creyentes que son conscientes de que la fe no los hace irresponsables. Buscan cómo hacer la tierra más habitable, por ejemplo, a través de compromisos humanitarios y de responsabilidades a veces muy sencillas pero muy concretas. La conciencia cristiana conoce un despertar sin precedentes ante el sufrimiento en el mundo. Son numerosos los que, junto a los olvidados de la tierra, los excluidos, los desposeídos, los perseguidos, buscan soluciones.

30 ¡Felices los que viven en la confianza de la fe, ellos verán a Dios! ¿Cómo le verán? Como María que, atenta, “guardaba todas las cosas en su corazón” (Lucas 2, 19; 51) y veía a Dios con una mirada interior.

31 Filipenses 1, 21-25

32 Donde quiera que estemos en la tierra, nos vemos inmersos en sociedades complejas y a veces estremecidas. La Iglesia, inserta en la sociedad, puede verse también sacudida. Entonces recordamos que, en el Evangelio, Cristo dice: “¡No andéis preocupados!” (Ver Mateo 6, 25-34) ¡No resulta evidente cómo poner en práctica estas palabras! No inquietarse no significa ser ingenuo. Cristo no dijo: “¡No seáis lúcidos!” El Evangelio invita a un discernimiento. (Ver Mateo 10, 16)

33 Mateo 6, 21